

# Completando el puzzle

- CAPÍTULO 25 -



Mónica había quedado con Carlos en Frutas Prohibidas un local de Chueca que había tenido que buscar por internet bajo el epígrafe 'bares sanos zumos Madrid'. No estaba acostumbrada a ir a este tipo de sitios, pero ya que tenía que llevar una vida sana y aburrida, por lo menos hacerlo con *glamour*. Era la primera vez que se veían a solas desde que la había llevado a casa en coche, él se había acercado a escasos centímetros de sus labios y ella, pensando que iba a besarla, había sentido una descarga eléctrica en todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Desde ese momento habían hablado mucho por teléfono y se habían visto en las sesiones de quimioterapia, pero siempre con la señora Pepa presente. El día anterior la había llamado para verse a solas y Mónica sabía que tenía algo que contarle.

Cuando llegó al bar, él ya estaba sentado a una mesa. Había tardado más de lo que pensaba en arreglarse. No sabía qué se ponía una para una charla probablemente importante con un hombre que no sabe si le gusta o no. Bueno, sí que lo sabía, pero todavía no estaba muy por la labor de pensar en ello. Se quedó mirándolo durante unos segundos desde el quicio de la puerta. Sorbía su zumo distraídamente con la mirada perdida. Era un hombre guapo, se notaba, aunque no estuviese pasando por su mejor momento, pero lo que más le gustaba de él era su carácter afable y tranquilo y cómo cuidaba a su madre y se preocupaba por ella, aunque no la conociese demasiado. Carlos desvió la mirada y la pilló con las manos en la masa, aunque intentó disimular. Se dirigió hacia la mesa sonriendo y se besaron en ambas mejillas antes de sentarse.

—Está chulo este sitio. ¿Sueles venir mucho?—le preguntó él.

—¿Quedo muy mal si te digo que es la primera vez que vengo? Tuve que buscarlo por internet porque yo solo conozco antros de perdición con *reggaetón* a tope o bares castizos de toda la vida que te ponen copazos a cuatro euros.

Carlos se rio con ganas.

—Pues has acertado, este zumo está de muerte—le dijo.

Mónica cogió su pajita sin preguntar y se la llevó a los labios pintados de rojo, como siempre.

—Sí que está bueno—dijo tras probarlo—. ¿De qué es?

—Me he pedido el 'Renovación' que lleva remolacha, apio, manzana, zanahoria y limón—dijo después de comprobarlo en la carta.

—Pues yo me voy a pedir el 'Elegancia'.

—¿Eso es como un gazpacho, no?—preguntó Carlos después de echarle un vistazo a los ingredientes.

—Si cierro los ojos me puedo imaginar que estoy tomando un *Bloody Mary*—dijo Mónica sonriendo—. ¿Y comemos algo, no? Me muero de hambre.

Echaron un vistazo a la carta y pidieron el zumo de Mónica y dos bocadillos al camarero. 'Entrepanes', los llamó él. Bocatas, los llamaron ellos.

—¡Ay!—gritó Mónica dándose un golpe con la mano abierta en la frente—. Me acabo de acordar de que tenías ayer revisión con tu oncóloga, que desastre soy. ¿Cómo te fue? ¿Está funcionando la quimio?

La cara de Carlos le dio una pista de que no tenía buenas noticias.

—Por eso quería hablar contigo. No sé, llevamos viviendo esta mierda juntos mucho tiempo y sentía la necesidad de contártelo. Las cosas no van bien, Mon. Bueno, no van mal tampoco, simplemente no van. La quimio no ha reducido el tumor tanto como habían pensado, de hecho, no lo ha reducido nada, y me han recomendado operarme.

Mónica se quedó en blanco durante un minuto hasta que reaccionó y cogió la mano de Carlos por encima de la mesa.

—¿Te han hablado de los riesgos?—preguntó asustada pero intentando sonar fuerte y decidida.

—Bueno, tienen que quitarme un trozo de estómago. Me han dicho que, al no tener metástasis, entre la operación y unas sesiones de quimio después para asegurarse, mataríamos al bicho. El problema es que la recuperación de este tipo de operaciones es difícil, me quedaré débil y perderé muchos kilos. Entre el pelo que se me ha caído de todos los lados (y remarcó la palabra TODOS con mucho énfasis) y lo consumido que me voy a quedar, estaré guapo guapo—dijo en tono jocoso.

Mónica le sonrió y apretó su mano.

—Tú eres guapo y lo sabes, no me vengas con falsa modestia ahora que no te pega nada—le dijo—. Cuando todo pase resurgirás de tus cenizas como el Ave Fénix.

Mónica es poco dada a sentimentalismos de novela barata, pero nos contó cómo se miraron intensamente a los ojos y el resto del bar dejó de existir. Sin pensarlo, sus cabezas comenzaron a inclinarse en dirección al otro y cuando Mónica entreabría la boca para recibir la de Carlos... llegó el camarero con su pedido y jodió el momento perfecto.

Ambos se concentraron en sus platos ligeramente avergonzados y Mónica sintió la necesidad de romper ese momento de tensión de la única forma que sabe, haciendo el ridículo.

—Entiendo que te avergüence perder tu *sex-appeal* teniendo al lado a alguien tan atractivo como yo—le dijo sonriendo con un trozo de rúcula entre los dientes.

Carlos levantó la vista y al ver a ese esperpento de mujer, rompió a reír eliminando todo rastro de incomodidad entre ellos. El resto de la comida fue agradable, como siempre que estaban juntos y al salir, él insistió en acompañarla a casa dando un paseo.

—¿Y te han dicho fecha de la operación?—le preguntó Mónica cuando salieron a la calle.

—No me han asegurado nada, pero me dijeron que alrededor de dos meses. Ahora estoy un poquito bajo de defensas, y supongo que querrán asegurarse de

que estoy bien del todo antes de afrontar una operación así. Estoy un poco asustado, a mi tío le hicieron una operación similar y lo pasó fatal. Al principio no podía comer nada y luego todo lo que comía lo vomitaba. Hasta que se asentó, pasó bastante tiempo... me da miedo no ser yo mismo.

Mónica lo entendía. Que tu cuerpo no te responda como quisieras y más siendo tan joven, es algo difícil de asimilar. Supongo que por eso estaban tan bien juntos, entendían las emociones del otro en un momento de sus vidas en el que ni ellos mismos sabían lo que sentían a veces.

—No te puedo decir que todo va a ser maravilloso, Carlos. Va a ser una putada, seguro, habrá momentos en los que quieras mandarlo todo a la mierda y estés agotado de subir la puta montaña que te ha tocado. Pero tú nunca dejarás de ser tú mismo. Quizá tu cuerpo quede en reposo durante unos meses, pero poco a poco irás recuperándolo.

—Si lo sé, Mónica, pero... joder, que puta mierda.

—Pues sí, que puta mierda.

Mónica se plantó frente a él y le cogió las manos.

—Carlos, no me gustan las promesas y por eso no suelo hacerlas, salvo con mis amigas, que son como hermanas, pero hoy voy a hacer una excepción. Te prometo que voy a estar a tu lado en todo el proceso, todo el tiempo que tú me quieras ahí y a veces incluso más. Si un día te sientes como el culo y me mandas a la mierda, al día siguiente volveré porque quiero tener asientos de puta madre para ver cómo te recuperas poquito a poquito. Y si tengo que sujetar un balde para que vomites en mis putas rodillas, lo haré. Y te haré papillas y te las daré cucharada a cucharada si es lo único que admite tu nuevo y diminuto estómago. Y hasta te cogeré pinzas en los pantalones si se te quedan grandes. No pienso irme, Carlos, y cuando nos recuperemos, nos vamos a correr tal juerga juntos, que nos van a echar del último puto *after* de Madrid.

Carlos se rio y cogió la cara de Mónica entre sus manos.

—Creo que es la declaración más bonita que me han hecho en la vida—dijo mirándola fijamente

Mónica fue a hablar, pero él puso el pulgar en sus labios.

—Y ahora calla, coño, que te voy a besar y no quiero que me interrumpas.

Ella no quiso contarnos detalles de ese beso, pero me lo imagino lento, intenso y con mucha saliva, dientes y lengua de por medio. Porque Mónica no puede hacerlo de otra manera y tampoco tiene por qué. Llegaron a casa de Mónica casi sin hablar, con la vergüenza típica de dos adolescentes que se acaban de enrollar pero no saben qué decirse. Subieron las escaleras en silencio y no se molestaron en encender la luz cuando entraron, sólo una pequeña lamparita que tenía en la mesilla de noche. Por primera vez, casi desde que perdió la virginidad, Mónica se sintió insegura. No había enseñado a nadie la cicatriz de su pecho, ni siquiera a nosotras. Sabíamos que era algo que todavía le costaba, así que ninguna de nosotras insistió. Él lo notó, como sólo puede notarlo alguien que vive lo mismo que tú y soltó hábilmente los corchetes del sujetador con una mano mientras acariciaba su cara con la otra. La cara de devoción de Carlos cuando contempló sus pechos desnudos insufló en Mónica el coraje que necesitaba y le empujó encima de la cama sentándose a horcajadas sobre él. Carlos amasó sus pechos y besó su cicatriz y Mónica supo que nunca más se sentiría insegura por algo que sólo debería significar fuerza. Porque una cicatriz, es el símbolo de que seguimos vivos.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>